

ROMA SOY YO

ROMA SOY YO

La verdadera historia de Julio César

Santiago Posteguillo



Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: abril de 2022
Primera reimpresión: abril de 2022

© 2022, Santiago Posteguillo
Autor representado por Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Ricardo Sánchez, por los materiales gráficos de interior

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-666-7178-1
Depósito legal: B-3.008-2022

Compuesto en Llibresimes

Impreso en Liberdúplex
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

BS 7 1 7 8 1

*A mi hija Elsa,
que es mi día y mi noche,
y a Alba,
mi nuevo amanecer*

*Cowards die many times before their deaths;
The valiant never taste of death but once.*

Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte;
los valientes sólo saborean la muerte una vez.

SHAKESPEARE, *Julio César*, acto I, escena II

Dramatis personae

Julio César (Cayo Julio César): abogado y tribuno militar

Familia de Julio César

Aurelia: madre de Julio César

Cornelia: esposa de Julio César

Cota (Aurelio Cota): tío de Julio César por línea materna

Julia la Mayor: hermana de Julio César

Julia la Menor: hermana de Julio César

Julio César padre

Marco Antonio Gniphó: tutor de Julio César

Líderes y senadores *optimates*

Cicerón (Marco Tulio Cicerón): abogado y senador

Craso (Marco Licinio Craso): joven senador

Dolabela (Cneo Cornelio Dolabela): senador y gobernador

Lúculo (Lucio Licinio Lúculo): *proquaestor* en Oriente

Metelo (Quinto Cecilio Metelo Pío): líder de los *optimates*

Pompeyo (Cneo Pompeyo): juez y senador

Sila (Lucio Cornelio Sila): dictador de Roma

Termo (Minucio Termo): propretor en Lesbos

Líderes y senadores populares

Cinna (Lucio Cornelio Cinna): líder de los populares, senador y cónsul, padre de Cornelia

Fimbria (Cayo Flavio Fimbria): *legatus*

Flaco (Valerio Flaco): cónsul

Glaucia (Cayo Servilio Glaucia): tribuno de la plebe y pretor

Labieno (Tito Labieno): amigo personal de César, tribuno militar

Mario (Cayo Mario): líder de los populares, siete veces cónsul, tío de Julio César por línea paterna

Saturnino (Lucio Apuleyo Saturnino): tribuno de la plebe

Sertorio (Quinto Sertorio): líder de los populares, hombre de confianza de Cayo Mario

Rufo (Sulpicio Rufo): tribuno de la plebe

Ciudadanos macedonios

Aéropo: padre de Myrtale, noble

Arquelao: joven noble

Myrtale: joven noble, hija de Aéropo

Orestes: anciano noble

Pérdicas: joven noble, prometido de Myrtale

Líderes militares en la isla de Lesbos

Anaxágoras: sátrapa de Mitilene

Pítaco: segundo en el mando de Mitilene

Teófanos: líder de la aristocracia local de Mitilene

Otros personajes

Acilio Glabrión, yerno de Sila

Annia: madre de Cornelia

Cayo Volcacio Tulo: centurión

Claudio Marcelo: alto oficial romano

Cornelio Fagites: centurión romano

Emilia, hijastra de Sila

Hortensio: abogado

Marco: ingeniero romano

Metrobio: actor

Mitrídates IV: rey del Ponto, enemigo acérrimo de Roma en Oriente

Mucia: comerciante de especias y otras sustancias en Roma

Sexto: capitán de barco

Sórex: actor

Un médico griego

Valeria: esposa de Sila

Vetus: ingeniero romano

Teutobod: rey de los teutones

Y *praecones*, esto es, funcionarios de justicia, esclavas, esclavos, *atrienses*, legionarios, oficiales romanos, oficiales pόνticos, ajustadores de clepsidras, ciudadanos romanos anónimos, etcétera.

Principium

La mujer hablaba a su bebé mientras lo acunaba:

—Recuerda siempre esta historia de tu origen, de tu principio, del comienzo de la *gens* Julia, de la familia de tu padre. Yo, tu madre, vengo de una estirpe antigua, la *gens* Aurelia, cuyo nombre conecta con el del sol, pero a mi sangre se une la de tu padre, que, a diferencia del dinero amasado por corruptelas y violencias de las otras familias, es la *gens* más noble y la más especial de toda Roma: la diosa Venus yació con el pastor Anquises y de ahí surgió Eneas. Luego, Eneas tuvo que huir de una Troya en llamas, incendiada por los griegos. Escapó de la ciudad con su padre, su esposa Creúsa y su hijo Ascanio, a quien nosotros en Roma llamamos Julio. El padre, Anquises, y la esposa de Eneas, Creúsa, fallecieron durante el largo periplo que los condujo desde la lejana Asia hasta Italia. Aquí, Julio, el hijo de Eneas, fundó Alba Longa. Años más tarde, la hermosa princesa Rea Silvia de Alba Longa, descendiente directa de Julio, sería poseída por el mismísimo dios Marte y de esa unión nacieron Rómulo y Remo. Rómulo fundó Roma y de ahí hasta ahora. Tu familia entronca directamente con Julio, de donde toma el nombre de *gens* Julia. En este mundo que aguarda tus primeros pasos, están los patricios, la mayoría senadores, y, de entre ellos, algunos muy ricos que han alimentado sus inmensas fortunas en los últimos años de crecimiento de Roma, y, por esa razón, se creen elegidos y especiales, como si estuvieran señalados por los dioses.

Se sienten con derecho a todo y por encima de los ciudadanos, del pueblo de Roma, y también por encima de los *socii*, nuestros aliados en Italia. Estos senadores viles se llaman a sí mismos *optimates*, los mejores, pero, hijo mío, sólo tu familia descende directamente de Julio, del hijo de Eneas, sólo tú eres sangre de la sangre de Venus y Marte. Sólo tú eres especial. Sólo tú, mi pequeño. Sólo tú. Y ruego a Venus y a Marte que te protejan y que te guíen tanto en la paz como en la guerra. Porque vas a vivir guerras, hijo mío. Ése es tu destino. Ojalá seas, entonces, tan fuerte como Marte, tan victorioso como Venus. Recuérdalo siempre, hijo mío: Roma eres tú.

Y Aurelia repitió al oído de su hijo de apenas unos meses aquella historia una y otra vez como si fuera una oración, y así, sin darse cuenta, aquellas palabras entraron en la mente del pequeño y lo acompañaron durante años. Y las palabras de Aurelia permearon en su interior y quedaron en su recuerdo, grabadas, como talladas en piedra, forjando, para siempre, el destino de Julio César.

Prooemium

Mediterráneo occidental Siglos II y I a. C.

Roma crecía sin límite.

Desde la caída del Imperio cartaginés, Roma se había constituido en la potencia dominante que controlaba todo el Mediterráneo occidental. Y no sólo eso, sino que además de dirigir los destinos de Hispania, Sicilia, Cerdeña, varias regiones del norte de África y toda Italia, empezaba a mirar con ansia hacia el norte, hacia la Galia Cisalpina, por un lado, y hacia oriente, hacia Grecia y Macedonia, por otro.

Aquel gigantesco crecimiento enriquecía las arcas del Estado romano, pero el reparto de tanta opulencia y de tantas nuevas tierras no era igualitario: un pequeño grupo de familias aristocráticas, reunidas en torno al Senado, acumulaban terrenos y dinero año tras año, mientras que a la inmensa mayoría de los habitantes de Roma y a los campesinos de las poblaciones vecinas apenas se les invitaba a aquel descomunal festín de riqueza y poder: las tierras quedaban en manos de unos pocos senadores latifundistas, a la par que el oro y la plata y los esclavos terminaban también en manos de aquellas mismas familias patricias senatoriales.

Tanta desigualdad encendió el conflicto interno: la Asamblea del pueblo romano, liderada por sus máximos representantes, los

tribunos de la plebe, se enfrentó contra el Senado reclamando un reparto más equitativo de poder y dinero. Aparecieron hombres audaces que exigieron justicia y redistribución de tierras. Tiberio Sempronio Graco fue uno de ellos. Hijo de Cornelia y, por tanto, nieto de Escipión el Africano, fue elegido tribuno de la plebe y promovió una ley de reparto de la tierra en el año 133 a. C., pero el Senado envió decenas de sicarios a emboscarlo en la explanada del Capitolio y fue asesinado a plena luz del día a mazazos. Su cuerpo fue arrojado al Tíber, sin recibir sepultura alguna. Su hermano, Cayo Sempronio Graco, elegido también tribuno de la plebe, volvió a intentar poner en marcha las reformas que Tiberio promoviera doce años antes. Fue en ese momento cuando el Senado promulgó por primera vez un *senatus consultum ultimum*, mediante el cual los senadores daban a sus dos líderes, los cónsules de Roma, autoridad para detener y ejecutar a Cayo Graco y a cualquier otro tribuno de la plebe que promoviera semejantes reformas de reparto de tierras. En el 121 a. C., rodeado por sicarios dirigidos por los cónsules y el Senado, Cayo Graco pidió a un esclavo que lo matara para no caer muerto en manos de sus enemigos.

Los partidarios de las reformas se agruparon en torno al partido de los denominados «populares», que defendían las propuestas de los malogrados Graco, mientras que los senadores más conservadores se asociaron en lo que se dio en denominar como el partido de los *optimates*, es decir, «los mejores», pues se consideraban superiores al resto. Roma estaba dividida, oficialmente, en dos bandos irreconciliables. A estos dos grupos se añadía un tercero en discordia, los *socii*: los habitantes de las ciudades aliadas de Roma en Italia, que veían cómo las decisiones que afectaban a su futuro las tomaban senadores o ciudadanos romanos sin tenerlos a ellos en cuenta. Este tercer grupo empezó a reclamar la ciudadanía romana y con ella el derecho a voto para poder así tomar parte en aquellas decisiones que tanto los afectaban.

La Asamblea de Roma terminaría eligiendo nuevos tribunos de la plebe que, una y otra vez, intentarían poner en marcha las refor-

mas promovidas por los Gracos años atrás. Pero todos serían aniquilados por sicarios armados y a sueldo de los senadores. Roma estaba partida en tres: populares, *optimates* y *socii*. Apareció entonces un joven romano, patricio de origen, pero sensible a las reclamaciones de los populares y de los *socii*, que se percató de que había un cuarto grupo en liza, al que nadie prestaba atención aún: los provinciales, los habitantes de las nuevas provincias que Roma iba anexionándose desde Hispania hasta Grecia y Macedonia, desde los Alpes hasta África.

Este joven pensaba que las cosas tendrían que cambiar de una vez por todas, pero él apenas tenía veintitrés años y estaba solo. De hecho, muy pocos repararon en él hasta un juicio que tuvo lugar en el año 77 a. C., donde este hombre aceptó intervenir como fiscal acusador, pese a su juventud.

El acusado, por *corruptio* mientras ejercía de gobernador en la provincia de Macedonia, era el todopoderoso *optimas senator* Cneo Cornelio Dolabela, brazo derecho del líder supremo de los senadores *optimates*, Lucio Cornelio Sila.

El tribunal —compuesto por otros senadores, según las leyes de Sila que habían abolido la separación entre justicia y Senado— estaba predispuesto a exonerar a Dolabela, quien, además, había contratado a los dos mejores abogados defensores de la época: Hortensio y Aurelio Cota. Por eso nadie había aceptado ser fiscal en una causa perdida desde su inicio. Sólo un loco o un iluso podía aceptar ejercer la acusación en semejantes circunstancias.

Dolabela se echó a reír cuando por fin le dijeron quién iba a ser el acusador, y continuó celebrando fiestas y banquetes, relajado y seguro de sí mismo, a la espera de un juicio que sabía ya ganado.

El nombre del joven e inexperto fiscal era Cayo Julio César.

EL JUICIO I

PETITIO

En la *petitio*, una persona libre solicita a un abogado que acepte o bien ser su defensor o bien su fiscal en una causa en Roma. En el caso de un no romano, éste debía encontrar a un ciudadano romano que aceptara ser su abogado, en particular si deseaba enjuiciar a alguien poseedor de la ciudadanía romana.

I

La decisión de César

Domus de la familia Julia, barrio de la Subura
Roma, 77 a. C.

—Todos los que lo han intentado están muertos. Caminas directo al desastre. No debes, no puedes aceptar lo que te proponen. Es suicida. —Tito Labieno hablaba con vehemencia, con la pasión del amigo que intenta persuadir a alguien de que no cometa el error más grande su vida—. No se puede cambiar el mundo, Cayo, y este juicio va de eso precisamente. ¿He de recordarte el nombre de todos los que han muerto intentando ese cambio y enfrentándose a los senadores? Ellos siempre han mandado y van a seguir haciéndolo. No hay opción para cambiar nada. Se trata más bien de unirnos a los que mandan o alejarnos de ellos, pero nunca, ¿me oyes, Cayo?, nunca enfrentarse a los senadores *optimates*. Eso es la muerte. Y lo sabes.

César escuchaba atento a su amigo de infancia. Sabía que le hablaba con honestidad. Él, de momento, no decía nada.

Cornelia, la joven esposa de César, de diecinueve años, asistía a la escena en pie, en el centro del atrio de la *domus*. De hecho, él daba vueltas en torno a ella mientras ponderaba el consejo de Labieno y rumiaba ensimismado qué respuesta dar a los macedonios que habían venido a solicitar su ayuda.

A Labieno el silencio de César lo inquietaba. Empezaba a temer que sus palabras no bastasen para persuadirlo. Por eso, al verlo girar alrededor de Cornelia —todo un símbolo de lo central que para César era su esposa—, se aferró a ese amor que él le profesaba y que era de todos conocido, y recurrió a ella:

—Cornelia, por Hércules, tú amas a tu esposo. Dile que por ti, que por su madre, que por su familia, rechace esta locura. Dolabela es intocable. Cayo casi muere al oponerse a Sila, pero si se enfrenta de modo directo en un juicio contra su brazo derecho, tu marido es hombre muerto. ¡Por todos los dioses, dile algo!

Cornelia parpadeaba mientras escuchaba a Labieno.

En ese momento, se oyó un llanto. La pequeña Julia, hija de César y Cornelia, de apenas cinco años, apareció en el atrio seguida de cerca por una esclava.

—Lo siento, mi ama, lo siento —se disculpaba la esclava—. Es muy rápida.

—Mamá, mamá... —gritaba la niña, y se aferró a las rodillas de su madre.

La irrupción de la pequeña Julia rescató a su madre de tener que pronunciarse sobre lo que Labieno le demandaba.

—Ahora regreso —dijo Cornelia mientras cogía de la mano a su hija y se la llevaba del lugar.

César, con el semblante serio, asintió mirando a su esposa.

—Papá —dijo la niña al pasar cerca de él.

Cayo Julio César sonrió a su hija.

Cornelia tiró de ella y desapareció junto con la esclava por un extremo del atrio.

Labieno se encontró solo en su tarea de intentar persuadir a su amigo de que desistiera de aceptar aquel encargo envenenado, pero no por ello pensaba rendirse. Así que continuó hablando, pese a que los representantes de la provincia de Macedonia que querían contratar al joven Julio César como abogado seguían allí mismo. Pérdicas, Arquelao y Aéropo eran sus nombres. Éstos se sentían incómodos ante aquellas palabras de Tito Labieno, pero

no se atrevían a interrumpir el debate entre dos ciudadanos romanos.

—Escúchame bien, Cayo —proseguía Labieno pese a las hostiles miradas de los macedonios—, si aceptas, te masacrarán en el juicio, primero, y luego te asesinarán en cualquier calle oscura o a plena luz del día en el foro. No sería la primera vez. Desde la muerte de tu tío Mario y la victoria absoluta de Sila, los senadores *optimates* cada vez actúan con más osadía. Se sienten más fuertes que nunca. *Son* más fuertes que nunca. Pero, escucha bien lo que te digo, incluso si ocurriera el improbable desenlace de que el tribunal fallara a tu favor, te estarías enfrentando a Cota, a tu propio tío, al hermano de tu madre, a quien Dolabela ya ha contratado como defensor. ¿Es eso lo que quieres? ¿Obligar a tu madre a que se vea forzada a decidir, a elegir entre su propio hermano o su hijo?

Ante esas palabras, Julio César alzó levemente las manos, como si rogara a su amigo que callara, bajó la mirada y se quedó observando el mosaico resquebrajado del suelo de la *domus* de su familia. Eran del orden patricio, pero últimamente el dinero no abundaba como debiera, no desde la caída de su otro tío, del gran Cayo Mario. Sila les había confiscado numerosos bienes a la familia Julia por haber sido seguidores y promotores de la facción popular en Roma. No tenían dinero ni para reparar aquel maldito mosaico agrietado. Pero aquello no era lo que preocupaba al joven César.

—Ésa es la clave —dijo al fin.

En ese instante reapareció Cornelia y, en silencio, con sigilo, recuperó su posición junto a su esposo en el centro del atrio. La niña ya estaba de nuevo atendida por las esclavas. Julia estaba llorosa: había estado mala, pero ya parecía ir recuperándose. Cornelia sabía que la pequeña detectaba la tensión en la casa y eso la afectaba. Dicen que los niños perciben el desastre cuando éste acecha. ¿Sería cierto? La mujer de César vio sus pensamientos interrumpidos por la voz serena y firme de su esposo.

—¿Está bien Julia?

—Está bien. No tiene ya fiebre. No te preocupes por ella —res-

pondió Cornelia con rapidez y precisión, siempre atenta a apoyarle. No era momento de intranquilizarlo sin necesidad. Había asuntos en juego más relevantes que los berrinches de una niña.

—¿Cuál es la clave? —retomó Labieno la conversación donde se había interrumpido: había dicho tantas cosas para intentar convencer a su amigo de que no se involucrara en aquel juicio contra Dolabela, que ahora no sabía a qué podía estar refiriéndose César.

—Mi madre —contestó Julio, y pronunció su nombre en alto, despacio, como si ponderara con cada letra la gran autoridad que para él seguía teniendo su madre en sus decisiones—: Aurelia. ¿Qué es lo que ella consideraría mejor: que acepte ser el acusador en un juicio en el que mi tío Cota es abogado de la defensa y, en consecuencia, como bien dices, se genere así un enfrentamiento en la familia o, que, por el contrario, no acepte, no me inmiscuya en el asunto pese a que por dentro me hierva la sangre? Dolabela fue uno de los miserables aliados de Sila. Y si sólo la mitad de lo que cuentan es cierto —añadió señalando a los macedonios—, ha perpetrado crímenes horribles, delitos aún más execrables en un senador que debería dar ejemplo con su comportamiento; crímenes, a fin de cuentas, por los que debería pagar un alto precio. Dolabela es, en definitiva, uno de nuestros enemigos. ¿He de dejarlo escapar ahora que lo puedo someter a juicio público, después de tanto daño como nos ha hecho él apoyando y aprovechándose de las confiscaciones de bienes a las que nos sometió Sila?

—No eres lo bastante fuerte para enfrentarte a tu tío Cota y a Hortensio, que tienen mucha experiencia como abogados defensores; y a los jueces, que estarán comprados, sobornados, con toda seguridad —opuso Labieno con sentido común.

La compra de jueces era habitual en Roma cuando el acusado era un senador poderoso y rico. Y más desde que, con la reforma judicial de Sila, los tribunales que encausaban a senadores también los formaban senadores. Dolabela había sido cónsul, había sido merecedor de un triunfo por derrotar a los tracios y había amasado una gran fortuna a la sombra de las proscripciones del dictador Sila y, a lo que

se veía, según decían los representantes macedonios allí presentes, había incrementado aún más su inmensa fortuna malversando fondos públicos y cobrando a los habitantes de toda aquella rica provincia romana tributos que él mismo inventaba. Y el dinero era el que ganaba siempre en los juicios en Roma. Dolabela era un senador demasiado rico como para que otros *patres conscripti** se atrevieran a condenarlo. La magnitud de los crímenes no importaba. Que hubiera perpetrado más delitos, más allá de robar dinero, daba igual.

—Cornelia, por todos los dioses, por lo que más quieras, ayúdame a impedir que tu esposo cometa esta locura —apeló Labieno de nuevo, mirando a Cornelia.

Se hizo el silencio.

Ahora no entró ninguna niña ni hubo interrupción alguna que pudiera rescatarla de manifestarse con claridad sobre el asunto que se debatía. Labieno sabía que la opinión de Cornelia, pese a su juventud, era importante para César.

Ella bajó la mirada y se quedó observando la cicatriz del gemelo izquierdo de Labieno, una herida que lo unía a su esposo para siempre y por la que le debía lealtad infinita. A ella no le gustaba contravenir a Labieno en nada, pero el criterio de su esposo, lo que pensara César, al fin, estaba siempre por encima de cualquier otra cosa.

—Lo que decida mi esposo... —empezó—, lo que decida mi esposo será lo correcto. Y yo estaré con él. Como siempre —lo miró a los ojos—, y como él siempre ha estado conmigo.

Los dos hombres sabían que Cornelia aludía a un pasado cercano donde el amor de César por ella se puso a prueba de forma cruel e inclemente, y en donde él demostró de qué madera estaban hechas sus entrañas.

—Lo que tú decidas —repitió ella, y fijó la vista en el suelo. No pensaba intervenir más.

César agradeció que Cornelia no le pusiera las cosas más difíciles. La amaba tanto que ella podría influir en un sentido o en otro.

* Senadores.

Su neutralidad le daba libertad de acción. Estaba claro que, después de lo pasado con Sila, ella ya no necesitaba más pruebas de amor por su parte.

Por otro lado, lo que decía su amigo tenía toda la lógica del mundo: aceptar la propuesta de los macedonios era suicida y además conducía a un enfrentamiento en el seno de la familia. Suspiró.

—Llamemos a tu madre —dijo entonces Labieno, que veía cómo, por fin, empezaba a dudar.

—¡No! —replicó César con vehemencia.

El otro se detuvo.

—Si hay algo que tengo claro, es que mi madre querría que tomara mi decisión a solas —se explicó César—. Tal y como ha sugerido Cornelia ahora mismo. Mi madre... siempre me enseñó a ser independiente, da igual cuánto la estime y cuánto valore sus consejos. Desde hace tiempo quiere que las decisiones importantes las tome solo, y así será en esta ocasión.

Labieno negó con la cabeza, aunque, en su fuero interno, buen conocedor de las costumbres y caracteres de todos los miembros de la familia de su amigo, intuía también que eso era exactamente lo que la muy respetada Aurelia habría dicho en caso de que la convocaran allí en aquel preciso instante; justo como había afirmado Cornelia: César debía decidir por sí mismo. Era como si aquella matrona hubiera querido forjar en su joven hijo un líder nato, alguien que no se detuviera ante nada y ante nadie. Y era como si la joven esposa hubiese aceptado ese rasgo como algo inherente e inseparable de la figura de su marido. Pero aquello, para Labieno, sólo podía conducir al desastre...

Julio César miró a los macedonios.

—¿Por qué yo?

Los representantes de la provincia oriental se miraron entre sí, hasta que Aéropo, el más veterano, se decidió a responder:

—Sabemos que el joven Julio César se enfrentó al terrible dictador Sila cuando muchos se sometieron a sus desmanes, y también a Dolabela, a quien acusamos de robar el dinero de nuestros com-

patriotas y de otros ultrajes aún más abyectos... —Aquí tuvo que tragar saliva para no entrar de nuevo en asuntos que tocaban muy de cerca a su propia hija Myrtale—. Ultrajes... que ya hemos referido. Como decía, Dolabela fue amigo del peligroso Sila. Nos han dicho que en ocasiones fue su brazo derecho, en la guerra o en la represión de sus opositores en Roma. Sólo alguien que no temió a Sila en el pasado será capaz de enfrentarse a Dolabela y su dinero, sus artimañas y su crueldad presentes. Por eso hemos venido a rogar al joven Julio César que acepte ser él, y no otro, nuestro abogado, nuestro acusador. Según las leyes de Roma, sólo un ciudadano romano puede llevar a juicio a otro ciudadano romano. Y no creo que encontremos muchos otros ciudadanos romanos que osen asumir el riesgo de encararse con alguien como el exgobernador y excónsul Cneo Cornelio Dolabela y...

En ese momento, Labieno interrumpió al emisario macedonio:

—Lo admito, Cayo, este hombre tiene razón en algunas cosas, pero en cuestiones terribles: Dolabela es, en efecto, cruel, es peligroso, tiene mucho dinero y no dudará en usarlo comprando al tribunal o pagando sicarios que acaben contigo si las cosas se ponen mal para él durante el juicio. Y sí, te enfrentaste a Sila y casi te costó la vida. La diosa Fortuna estuvo contigo entonces, aunque no creo que sea inteligente vivir de nuevo al límite y que tengas que averiguar si los dioses, una vez más, van a salvarte o a abandonarte. Sé que crees que Venus y Marte te protegen, pero, te lo ruego, no los pongas de nuevo a prueba.

Cayo Julio César inspiró hondo mientras asentía varias veces y miraba, alternativamente, a su amigo Labieno y a los enviados macedonios.

Contuvo la respiración.

Bajó la mirada.

Puso los brazos en jarras.

Asintió una vez más mirando al suelo.

Alzó los ojos y los fijó en los macedonios:

—Acepto ser vuestro abogado. Seré el fiscal en ese juicio.

Labierno negó con la cabeza.

Cornelia cerró los ojos y rogó en silencio que los dioses protegiesen de veras a su esposo.

Los macedonios se inclinaron en señal de reconocimiento, se despidieron educadamente, no sin antes depositar sobre una mesa que había en el atrio de la *domus* un pesado saco de monedas, como primer pago por los servicios de su fiscal, y salieron dejando atrás a los dos amigos y la joven esposa. No es que los macedonios tuvieran prisa, más bien temían que Julio César se pensara mejor lo que acababa de decir y se echara atrás. Preferían salir de allí a toda velocidad con el compromiso de aquel ciudadano de Roma de ser su acusador contra el todopoderoso Dolabela. Seguían muy persuadidos, como todos en la gran ciudad del Tíber, de que el juicio se perdería, pero al menos estaba en marcha un intento de venganza. Si no funcionaba, ya tenían otro plan pensado: Dolabela, lo tenían claro, iba a morir por todo lo que les había hecho. Lo que no sabían era a cuántos se llevaría el excónsul por delante: quizá a todos ellos, incluido el joven fiscal que había aceptado iniciar el juicio. Les daba igual. Los macedonios iban a muerte. En su ingenuidad no calibraban bien la fortaleza descomunal de su enemigo.

En el atrio de la *domus* de la familia Julia en el centro de la Subura, Labierno suspiraba sumido en el más absoluto desaliento.

Julio César volvía a mirar al suelo. La decisión estaba tomada, pero, aun así, no dejaba de preguntarse cómo iba a reaccionar su madre. Eso era lo único que le preocupaba en aquel instante. Pensaba en todo aquello que le relató su madre de lo que ocurrió cuando él apenas tenía unos meses. ¿Se repetiría la historia con él ahora como víctima del eterno pulso entre *optimates* y populares? ¿Terminaría él igual que los demás?

Sintió entonces los brazos suaves de su mujer abrazándolo por la espalda.

César cerró los ojos y se dejó abrazar.

Lo necesitaba.